

María Inés Zaldívar. *LECTURAS DE POESÍA CHILENA. DE ALTAZOR A LA BANDERA DE CHILE*. Santiago: Ediciones UC, 2019: 232 pp.

En materia de aproximaciones críticas al estudio de la poesía chilena, y de la literatura en general, la producción académica de las últimas décadas ha tendido a utilizar el texto literario ya no como centro del análisis sino como punto de partida —pretexto— para el despliegue de una serie asuntos de orden teórico-cultural, en detrimento del análisis textual. No es el caso del trabajo que María Inés Zaldívar ha desarrollado a lo largo de su carrera como académica y poeta, y del cual da cuenta su último libro, *Lecturas de poesía chilena. De Altazor a La Bandera de Chile*. En él se reúnen diversos artículos y ensayos sobre poesía y poetas chilenos sin un afán sistematizador ni de conjunto, sino más bien bajo la premisa de una lectura que pone al texto poético mismo y su contexto de producción como eje del análisis e interpretación.

Dividido en dos secciones bajo el criterio diacrónico, primera y segunda mitad de siglo XX respectivamente, el libro reúne quince textos críticos que abordan la vida y obra de poetas chilenos y chilenas pertenecientes a diversas generaciones y afinidades ético-estéticas. Si bien aparecen algunos canónicos —Huidobro y Mistral— el conjunto destaca por la incorporación de nombres y proyectos poéticos de diversa índole; algunos de trayectoria más o menos reconocida dentro y fuera del territorio chileno —Manuel Silva Acevedo, Gonzalo Millán, Tomás Harris, Damaris Calderón, Rosabetty Muñoz, Elvira Hernández— y otros menos estudiados hasta ahora o que constituyen un verdadero rescate y revaloración —Winétt de Rokha, Olga Acevedo, María Monvel y Chela Reyes y Guillermo Deisler.

No deja de ser significativa la prominencia de nombres de poetas mujeres, en un contexto crítico en que hasta hace unos años tenían un espacio casi nulo y en el que hoy en día se hacen esfuerzos de visibilización muchas veces programáticos —estudios exclusivamente centrados en literatura de mujeres y/o desde perspectivas de género y feministas. Las lecturas que nos ofrece el libro de Zaldívar asumen su parcialidad, y antes que obedecer a lineamientos teóricos o criterios ideológicos, la selección de autores y perspectivas desde las que se abordan sus obras están signadas por las inquietudes y afinidades personales de la propia autora en su calidad de académica, pero también de poeta. Esto último es un aspecto que resalta y dota al libro de coherencia interna, en tanto el hilo conductor que une los diversos textos es una mirada que emprende el análisis del lenguaje poético y sus alrededores mediante la recreación de un lenguaje muchas veces también poético, a través de imágenes y figuras que, antes que diseccionar

el texto y exponer resultados, entran en sintonía con la voz de los poemas abordados, la digieren e interpretan, comprometiéndose con ella sin resquemores.

La asunción de una perspectiva personal no es en ningún caso una subjetivización irresponsable de lo que el texto poético tiene para decir en sí. Por el contrario, el abordaje analítico que se lleva a cabo armoniza la posibilidad de una mirada sensible que arroja luz sobre los textos con la escucha atenta a los diversos mecanismos formales de funcionamiento que cada poema pone en marcha. Es el caso del análisis que se lleva a cabo en “El caso Olga Acevedo”, en que Zaldívar estructura el análisis estableciendo niveles textuales: comienza con las unidades básicas del lenguaje, lo fonético y silábico; luego lo amplía al nivel del vocablo y el sintagma; y finalmente llega a la dimensión más amplia y global del paradigma. A la vez, cuando la autora lo considera pertinente, da cuenta del panorama contextual, histórico y biográfico, en el que la obra estudiada se inserta (como en “La persona y el personaje: Winétt de Rokha y la vanguardia en Chile” o en “Cuatro poetas chilenas que transitan del modernismo a la vanguardia”) así como de los estudios críticos precedentes (por ejemplo, en “Esa caída de Altazor que permanece en el tiempo” o en “Gabriela Mistral y sus locas mujeres del siglo XX”). En otras ocasiones, se echa mano a ciertas corrientes teóricas de pensamiento que permiten establecer un diálogo vinculante entre la obra poética y otros textos u otras realidades extraliterarias (de índole estética, histórica o social). Así, Zaldívar a veces incorpora cierta terminología estructuralista; otras, dialoga con nociones y conceptos críticos para, por ejemplo, analizar el papel de la mujer y su relación con la escritura, las estructuras de poder imperante y los mecanismos de control y subversión presentes en los textos.

Otro aspecto a resaltar que atraviesa los ensayos y se vuelve una nota distintiva del análisis es la mirada en sí: los diferentes aspectos temáticos y formales en que la dimensión visual de los poemas abordados entra en juego. En el artículo sobre Winétt de Rokha, por ejemplo, la sección dedicada al análisis textual pone el énfasis en la visualidad de los poemas, dentro de la que Zaldívar distingue tres vertientes o “ejes paradigmáticos” (63): el uso del éfrasis mimético, el de tipo vanguardista y otro en que se pone de relieve lo popular. En el caso de Olga Acevedo, se hace hincapié en “la vinculación permanente de su poesía con los colores” (99); en el de la *Ola nocturna* de Chela Reyes, se escoge para el análisis el poema “Venus”, del cual se dice que “dibuja visualmente el nacimiento inmortalizado en el imaginario occidental por Sandro Botticelli en su conocida pintura” (107). El texto “Guillermo Deisler y la escritura del espacio, en el contexto de los 60” es un rescate que de por sí da cuenta del interés de la autora por el papel que juegan las imágenes en y para la poesía, siendo la obra de Deisler un espacio de experimentación con técnicas como el collage y la serigrafía, entre otras. La misma preocupación por las realidades que entran por el ojo se advierte en los títulos “Los colores de las palabras y su sombra, acerca de la poesía de Manuel Silva Acevedo”, “La mirada de Millán”, “Tres miradas a *Tridente* de Thomas

Harris”, si bien en este último la diferencia está en que las miradas anunciadas son la manera metafórica de estructurar el análisis de parte de la autora, no el carácter visual de la obra estudiada (que es inminentemente narrativa). En “Acerca de Parloteo de sombra, un poemario de Damaris Calderón” se comienza por enfatizar la impresión que genera el libro como objeto, “la artesanía de su confección, su color, su textura (...)” (191). Finalmente, el texto de cierre aborda el poema “La Bandera de Chile” de Elvira Hernández, en el cual la disposición espacial, cuya “geometría [es] semejante a una bandera” (217), construye y juega con relaciones simbólicas.

La metodología delineada por Zaldívar para abordar el análisis poético en la obra de Omar Cáceres es aplicable, y de hecho la aplicada, en todos los demás ensayos: la de “rastrear cómo el sentido es posible dentro de ellos [los poemas], detectando las relaciones intertextuales que conforman su tejido escritural, aquellas que permiten la conformación de un mundo interno que siempre se conecta con el externo” (124). En este sentido, la autora comienza cada uno de sus ensayos bajo la premisa de que cada poema, cada obra a estudiar, exige su propio conjunto de herramientas y mecanismos de exégesis, por lo que cualquier teoría surge en el proceso mismo de lectura y no como un aparato aplicable a priori. El lenguaje poético en estas páginas es ponderado como una herramienta de conocimiento y diálogo vivo con la realidad interna y circundante no solo de quien escribe, sino también de quienes leemos—vemos y escuchamos—poesía y estamos dispuestos a abrirnos a la experiencia de, en palabras de la autora, “identificarnos con otros ojos” (10).

Micaela Paredes Barraza
New York University